

Instantáneas.

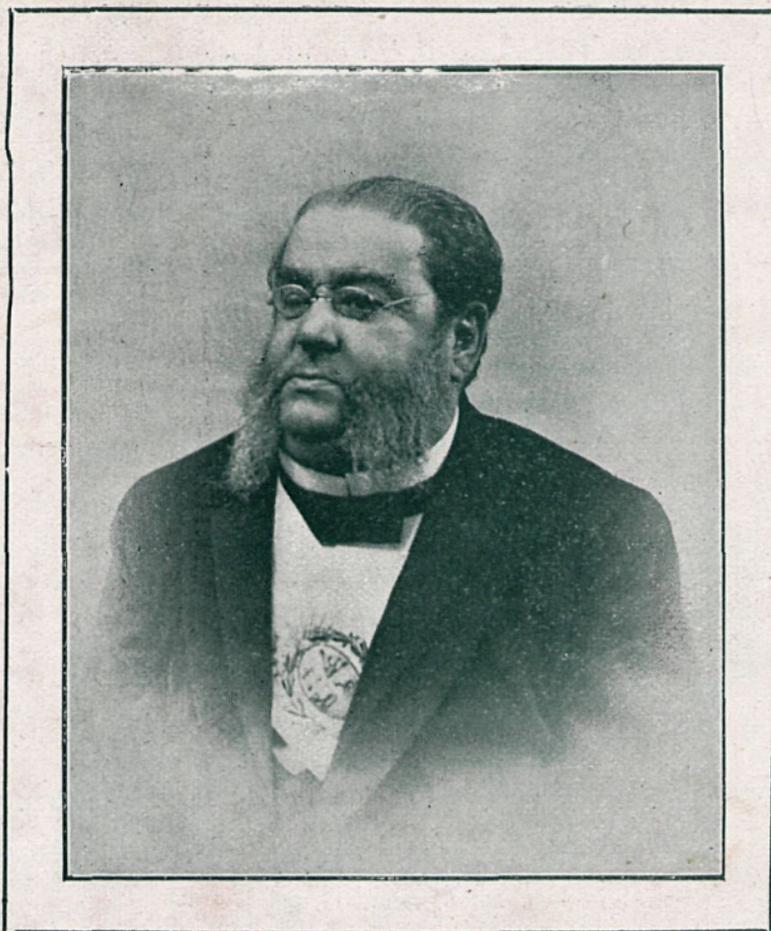
* REVISTA SEMANAL DE ARTES Y LETRAS *



CLOTILDE PERALES

Notable tiple cómica en la revista de López Silva y Arniches
«Instantáneas».

Año II—Núm. 50.—Sábado 16 Septiembre 1899.—15 céntimos.



EXCMO. SR. D. JUAN LINDOLFO CUESTAS
Electo presidente constitucional de la República oriental del Uruguay
en 1.º de Mayo de 1899.
Fot. de Chute & Broocks (Montevideo).



Alemania.—Estátua ecuestre en Colonia.
Inst. de Mario Leitao Lisboa).



CARMEN CARDOSO en «El cabo primero».

Playas de Portugal

NAZARETH

Es una de las muchas bellas playas del país vecino. Situada á pequeña distancia de las Caldas da Rainha, es la generalmente escogida por cuantos desean bañarse en aguas, sobre todo sulfurosas.

Los principales bañistas de la de Nazareth son habitantes de Pombal, Lèivia, Torres Novas y Santarem.

La playa, propiamente dicha, queda entre la antigua villa de la Pedoneiva, situada en posición muy elevada y el lugar de Nazareth, que se avista en otro alto.

La vida del bañista en Nazareth es muy cómoda y poco dispendiosa. El pescado es, en esta playa, muy abundante.

EL MONUMENTO Á D. PEDRO IV EN LA CIUDAD DE OPORTO (Portugal).

La estatua ecuestre del monarca liberal, que en el país vecino ha dirigido la vida á la emancipación política de los portugueses, elévase en la playa principal de la llamada «ciudad invicta.»

Cerca de este elegante monumento, en 31 de Enero de 1891, fué donde estalló la malograda revolución republicana que llenó de sangre las calles de la segunda ciudad portuguesa.

La estatua es debida al cincel del escultor francés Calmels. Es de bronce, y su pedestal ostenta dos bajos relieves magníficos. Esta estatua, fundida en Brujellas, fué inaugurada el 5 de Julio de 1862.

D. Pedro IV, rey verdaderamente popular, tiene aún en Lisboa otra estatua en la vasta plaza del Rocío.

SIPHAX

A un desgraciado

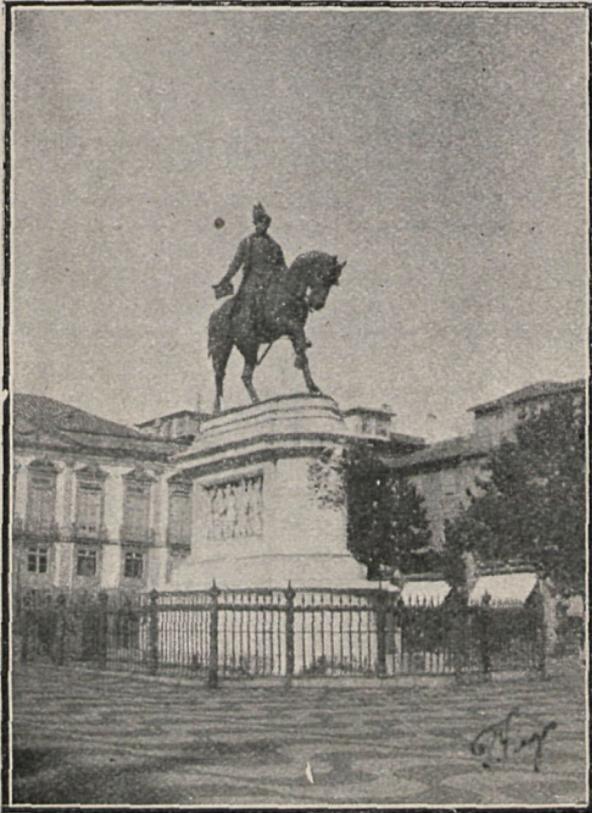
SONETO

Arranca de tu pecho el desaliento
y vuelve á recobrar la fe perdida;
con fe el marino en nave combatida
lucha tenaz contra la mar y el viento.

Puesto en bello ideal tu pensamiento,
no te arredre el combate de la vida;
en el dolor el alma es redimida;
la aquilata y la templa el sufrimiento.

Viene la paz tras la sangrienta guerra,
al borde de las tumbas nacen flores
y á la tormenta sigue la bonanza;
vendrá tras el dolor que á tí se aterra,
como espléndido nimbo de colores,
¡el iris de la paz y la esperanza!

RICARDO DE LEÓN Y ROMÁN

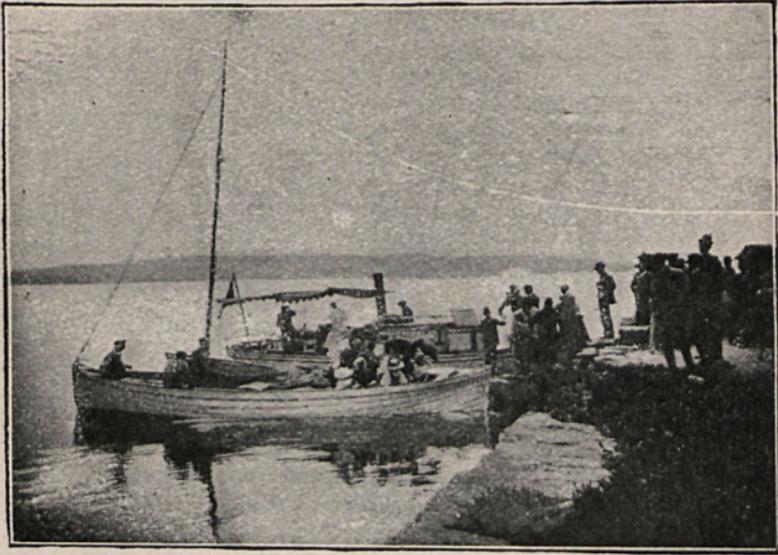


PORTUGAL—OPORTO—Monumento á D. Pedro IV.

Inst. de F. Viegas.

BAÑOS DE LA TOJA (Pontevedra).

Médico director, D. Vicente Millán.



Desembarco de bañistas en el muelle.

Vengado

Las fuerzas humanas tienen su límite. Julia ya no podía resistir más emociones...

... El ver morir á su hijo cuando de repente, al calor de sus caricias puras, había comenzado ella á sentir en su pecho estéril de *cocotte* hastiada el amor consolador de madre. El saber que, por coincidencia terrible, la salvación del querube dependía de Enrique, del famoso especialista para la infancia, de aquel joven que, en los comienzos oscuros de su carrera, había sido pospuesto por ella, deslumbrada por el lujo, y tan pronto como uno de tantos perdidos la ofreció puesto brillante. Aquella espantosa suma de angustiosos remordimientos que la llamaban responsable de la muerte de su hijo, y aquella santa admiración, en fin, que sentía de súbito al ver que él, *él*, acudía noblemente, pronunciando al cabo la palabra salvadora... agotaron sus energías varoniles y la hicieron desplomarse trágicamente, rebotando al pie de la cunita, su cabeza de incomparable hermosura...

.....
Y unos días después, regenerada, gozando la dicha de inmolarse en castigo propio, se ofreció temblorosa y suplicante á Enrique, que en tono grave, afectuoso y melancólico, hubo de exclamar al fin:

—El salvar yo al pequeño, iniciando además una evolución de honradez en tus sentimientos, no dudes que es la mejor venganza que Dios ha podido darme. Estás, pues, castigada... Y aun más terriblemente lo estarás si no recoges la enseñanza. Porque cuando tu hijo, el hijo del vicio, salvado hoy por tu antigua víctima, sea un hombre luego y le veas enrojecer de vergüenza, al volver el rostro hacia el de su madre, hacia el tuyo... ¿será tu castigo tan horrendo que rebasará aun los límites del deseo más cruel!

J. RUIZ CASTILLO

La Empresa de INSTANTÁNEAS sólo suspende envíos á los corresponsales, cuando agotados todos los recursos legales, éstos no efectúan sus pagos. En este caso rogamos al público se dirija á nuestras Oficinas.

A una hermosa.

Unos versos me pides, hermosa,
en los cuales te exprese mi amor:
ahí van, aunque son poca cosa,
pues no puedo hacerlo mejor.

Es mi amor hacia tí tan inmenso,
y tan lleno de bello ídeal,
que noche y día en tí sólo pienso
por ver si remedio encuentro á mi mal.

Mal, sí, porque sabes ingrata
que siempre en tus ojos la misma expresion
imán es que atrae y arrebatá
las más tennes fibras de mi corazón.

Y cuando de hinojos, postrado á tus plantas,
mi grande cariño te quiero contar,
me pides un verso, después te levantas
sin ver que mi alma vas á destrozar.

Ahí tienes los versos que tanto deseas,
ahí te va mi alma con ellos también;
cuando la una encuentres y los otros leas,
en tu noble pecho guárdalos, mi bien.

ABELARDO REY OBALO

TAPAS especiales, GRAN LUJO, ya terminadas para INSTANTÁNEAS sirven para guardar los números hasta final del año 1899 y después encuadernar el tomo, conservando con ellas la colección.

En nuestras oficinas, 2,50 pesetas; á provincias, se remiten certificadas por 2,90 pesetas.

En América fijan el precio los señores corresponsales.

JAQUECAS Con la Valerolina García Monreal, se calman instantáneamente toda clase de dolores de cabeza, neuralgias, jaquecas, muelas y dolores nerviosos.—De venta: Farmacia Lletget.—Carrera de San Jerónimo.—Madrid.



MONTEVIDEO—Escuela de Artes y Oficios.

Inst. de Cubela.



TERUEL—TRAMACASTILLA—Antes de la caza.
Inst. de L. Valero.

Fil mal ajeno.

Y Elisa, la bella Elisa, la niña de los cabellos de oro seguía llorando con el lloro romanesco de las hadas en las noches de tristezas y de lágrimas.

Había llorado de todas maneras, con monotonía de mimosa, con éxtasis de santa, con arrebatos de mujer, con incoherencia de niña y con convulsiones de pecadora.

Y su padre, loco ante la desgracia de su ídolo, acudió á la ciencia, ofreció el oro á manos llenas á quien secara aquel mar de lágrimas. Y pensó y practicó todas las religiones, y sus súplicas fervorosas resonaron en las sinagogas, se oyeron en las catedrales, vibraron en las pagodas y retumbaron en las mezquitas.

Y recorrió todos los mares, y visitó todos los pueblos, y atravesó los desiertos, triste como el árbol en otoño, porque sabe que le azotarán en el invierno las furias salvajes.

Ya estaban agotados todos los recursos, la ciencia humana se declaraba impotente, cuando un día se presentó un anciano de barba hirsuta y ojos azules, que con horrible breva preparado con alacranes, hierbas misteriosas, rosas y jugos animales, se ofrecía á curarla.

Era necesario que antes de tomarlo se consiguiese excitar la risa.

Y como se ofrecieran sumas considerables al que esto lograra ante Elisa, desfiló todo lo extravagante, todo lo raro, todo lo deforme, todo lo grotesco, todo lo ridículo: animales y hombres; y cuando terminó el desfile de toda la *butonería andante*, Elisa lloró de nuevo.

Lasciate ogni speranza.

Había que repetir aquella frase que hiere con la impasibilidad del desconsuelo y de la tristeza...

Y pasaban los días, y una mañana de Diciembre, en que la nieve caía lenta y virginal, estaba Elisa tras los cristales, jimiendo con su gemido eterno.

Un viejo que atravesaba la calle resbaló, y envuelto entre nieve y fango pugnaba por levantarse inútilmente...

Y Elisa, la niña de los cabellos de oro, rióse con risa franca y sonante del mal ajeno, de lo que desarruga todas las caras.

CÉSAR JUARROS

Positivas y negativas.

LA MODA

(Artículo de actualidad.)

Aunque jamás me he preocupado por seguirla, no soy enemigo de la moda que, salvo á los cabezas de familia, á nadie perjudica y á muchos favorece en sus industrias pero como no hay regla sin excepción, hay una moda de la que abomino y quisiera ver completamente desterrada por los abusos y algo más que trae consigo; me refiero á la *moda religiosa* ó á la *devoción de moda*.

¡Como si las creencias no debieran ser firmes y sinceras las prácticas de piedad!

No concibo que haya iglesias y fiestas religiosas *de moda*, que son á las que solamente concurren los *elegantes* religiosos, que jamás, ¡jamás! asisten á un modesto rosario en una iglesia casi solitaria, en la que por lo mismo la imaginación y el corazón pueden mejor abstraerse y elevarse á Dios. ¡Pero es verdad que allí no se lucen las caras bonitas y las *toilettes* elegantes de las devotas!

Ni comprendo tampoco esos fieles fervorosos, tan sólo por la *devoción de moda*.

Allá, en mis mocedades, consistía la *moda* en la devoción á *Nuestra Señora de la Saleta*; no había parroquia, iglesia ni oratorio donde no se la hicieran solemnes fiestas. La *Saleta* seguirá siendo tan milagrosa, pero *pasó de moda* y solo algún devoto *cursi*, pero de buena fe, se acuerda de ella.

Vino después *de moda* *Nuestra Señora de Lourdes*; ésta aún goza de algún favor entre la *crema* de la gente piadosa, por rutina, pero va de cayendo visiblemente.

Ahora la *derniere* es la del Sagrado Corazón, de cuya devoción nada por cierto diría si los que la toman por escudo no predicaran el odio y exterminio, y arrojasen la manzana de la discordia en nombre del corazón de Él, que todo amor y bondad, desde lo alto de la Cruz imploró el perdón de sus propios verdugos.

Urge, en nombre de ese Sagrado Corazón, acabar con la moda de la hipocresía religiosa.

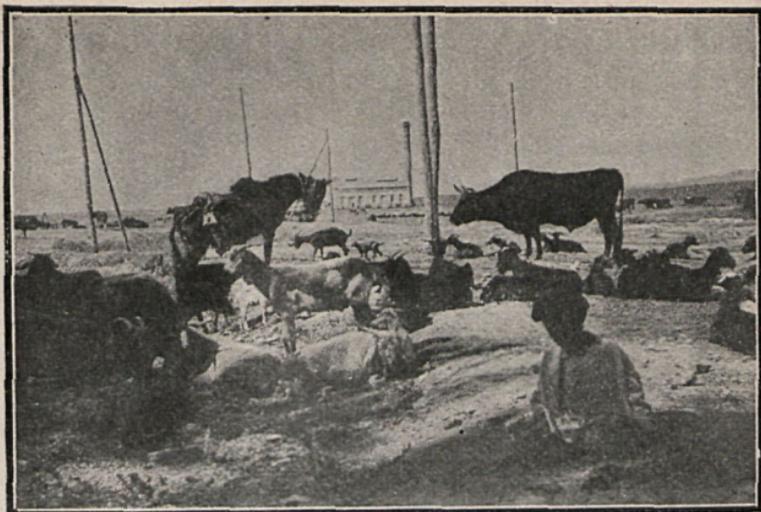
Urge evitar esa peligrosa moda, y así debemos pedírselo á *San Expedito*, que ahora también empieza á estar *de moda*, y es abogado, según creo, de las cosas urgentes.

Permita el cielo que la veneración y el respeto á los sapientísimos *sesos de Jesús*, omo símbolo del supremo saber, sea la *moda* del porvenir, y que bien interpretada



PORTUGAL—Playa de Nazareth.

Inst. de F. Viegas.



CÓRDOBA—Feria de ganados.

Inst. de Huerta Stern.

(no en el sentido completamente opuesto, como la del Sagrado Corazón) produzca entre los fieles corrientes de sensatez, prudencia y buen juicio, de que tan necesitados andamos.

*
* *

Un amigo me advierte que tal vez *algunos* hallen censurable este artículo.

¿Y qué? Ya sé *quiénes podrán ser*; no crítico á la verdadera devoción, sino á los que hacen máscara de ella.

Que estén á mi lado los hombres de *buena voluntad*, los de recta conciencia y sensato criterio, que de los hipócritas fariseos poco me importan los juicios, y tan sólo sentiría merecer su aprobaci6n.

M. MARZAL Y MESTRE

CORRESPONDENCIA FOTOGRAFICA

Reus.—J. Q.—Utilizaremos sólo una; lástima que estén tan flojas.

Madrid.—J. D.—Cuidado con el velado de los ángulos; se publicará alguna.

Oviedo.—A. S.—Una, aunque pequeña, se utilizará; la otra no sirve por defectos; mande más para hacer plana.

Lisboa.—F. de M.—No sirven por pequeñas.

Sevilla.—G. V.—Trabaja usted bien, se publicarán; conviene haga asuntos de público en la calle y campo.

En la Exposición de Gijón y en el concurso de Literatura ha obtenido segunda medalla, por sus *Cantares inéditos*, el distinguido literato D. Luis González Cando.

INSTANTÁNEAS para corresponder con sus ilustrados abonados, tiene en ejecución importantes mejoras que en breve realizará.

Como nuestras tiradas aumentan y el público nos demuestra su agrado, creemos muy justo mejorar las condiciones amenas de nuestra revista.

LA EMPRESA



MONTEVIDEO—Cuadro lírico.—Infantes del Centro gallego.—Serenata de las tentaciones.

“LA LUZ VERDE,”

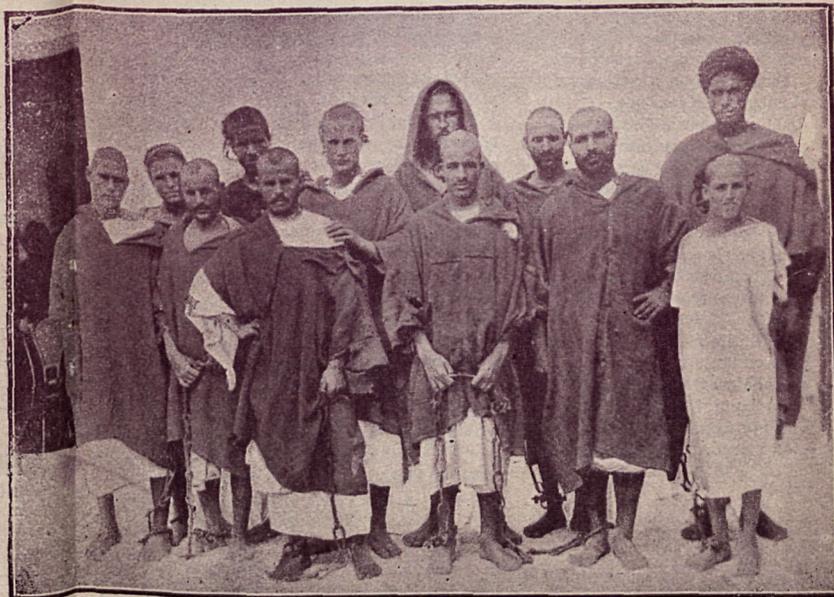


Catalina y Her. am.
Sra. Vidal y Sr. Ontiveros.

“LA LUZ VERDE,”



Federico.—Sr. Duval.



MARRUECOS Moros de Bocoña.



Fin el café

Anoche te volví á ver,
y no sé por qué razón
hube de palidecer,
y sentí que sin querer
se me oprimió el corazón,

y fué que en aquel momento
asaltó mi pensamiento
el recuerdo de otros días,
mis horas de sufrimientos,
mis eternas agonías,
las promesas que te oí,
el amor que te juré,
y todo, todo lo ví...
al entrar en el café
y hallarte sentada allí...

Mas, ¿cómo no recordar
á aquel bello ángel caído
que intenté regenerar,
y me supo cautivar
con frases de amor mentido?

Fuerza es que yo recordara
el rubor y los sonrojos
de la que amor me jurara
por los ojos de su cara
y las niñas de sus ojos!

Con semblante placentero
y exhibiendo tu belleza
con orgullo verdadero,
apoyabas la cabeza
en el hombro de un torero...

El torero te decía
no sé qué dulce bobada,
un señorito reía,
y yo en tanto te veía
con el alma traspasada.

Radiante, feliz, contenta,
oías por todos lados
cien piropos descarados,

y escuchabas muy atenta
con los ojos entornados...

Yo ví mi dicha perdida;
por vez primera en mi vida
me sentí de furia lleno,
y con rabia contenida
me dije: ¡No! ¡No soy bueno!

Y no sé qué me pasó
tu perjurio al recordar,
que la sangre me encendió;
y una nube me cegó...
¡y tuve ansias de matar!

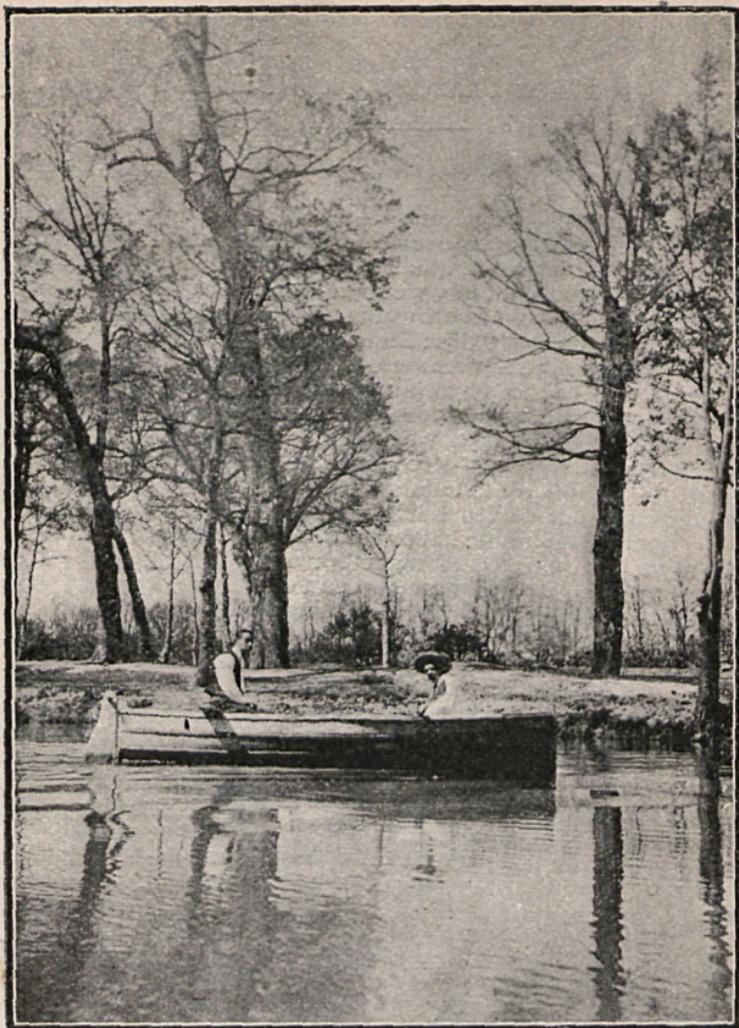
No borrarón el disgusto
del corazón apenado
ni el convite desairado,
ni las bromas de mal gusto
de las «hijas del pecado...»

Y como al estar allí
me ahogaba, no sé por qué,
llamé al mozo, le pagué,
cogí el sombrero, salí...
y en la calle respiré...

Y recordando los daños,
las crueles decepciones
que he sufrido en pocos años,
pues voy sembrando ilusiones
y cogiendo desengaños;
sin tener norte ni guía,
ni un consuelo, ni un amigo,
en mi soledad gemía:
¡Madre mía! ¡Madre mía:
¡Ay, qué malos son conmigo!

Ya sabes por qué razón
anoche, al volverte á ver
llena de satisfacción,
se me oprimió el corazón
y hube de palidecer...

JOSÉ JUAN CADENAS



ARANJUEZ—En el río Tajo.

Inst. de A. Álvarez Laría

Amenidades.

En la playa de San Sebastián:

—¿Y ese establecimiento?

—Es la Perla.

—¿Y por qué es la Perla?

—Ya lo vé usted, porque está en la Concha.

En el campo.

Un veraneante dice á una labradora que no cesa de trabajar en las faenas agrícolas:

—Hace usted muy bien en trabajar tan rudamente todo el día. Así no se piensa mal ni se peca.

—No lo crea usted, caballero; hay tiempo para todo.

Curación radical.

Un inválido que tiene dos piernas de palo siente un dolor de cabeza terrible.

El doctor le examina detenidamente y le dice en serio:

—¡Tome usted unos pediluvios!

EL GRAN TACAÑO

POR DON FRANCISCO DE QUEVEDO

(Continuación.)

me eché en la cama y colgué en una azotea. Vino mi amo, y como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa aventura, enojóse y comencéme á dar repelones con tanta priesa, que á dos más me despierta calvo. Levantéme dando voces y quejándome, y él con más cólera dijo: ¿Es buen modo de servir este, Pablo? Ya es otra vida. Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto y dije: Bien me anima Vmd. en mis trabajos: vea cuál está aquella sotana y manteo, que han servido de pañizuelos á las mayores narices que se han visto jamás en paso de Semana Santa; y con esto empecé á llorar. El, viendo mi llanto, creyólo, y buscando la sotana y viéndola, compadecióse de mí y dijo: Pablo, abre el ojo que asan carne; mira por tí, que aquí no tienes otro padre ni madre. Contéle todo lo que había pasado, y mandóme desnudar y llevar á mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme y dormí; y con esto á la noche después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte ya como si no hubiera pasado nada por mí; pero cuando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas y unas traen á otras. Viniéronse á acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo, y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar diciendo: No se hiciera entre luteranos. ¡Hay tal maldad! Otro decía: El rector tiene la culpa en no poner remedio: ¿conocerá los que eran? Yo respondí que no, y agradéciles la merced que mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía que estaba con mi padre y mis hermanos. Debían de ser las doce, cuando el uno de ellos me despertó á puros gritos diciendo: ¡Ay que me matan! ladrones. Sonaban en su cama unas voces y golpez de látigo: yo levanté la cabeza y dije: ¿Qué es eso? Y

apenas me descubrí, cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé á quejarme, quíseme levantar, quejábame el otro también y dábame á mí solo... Yo comencé á decir: ¡Justicia de Dios! pero menudeaban tanto los azotes sobre mí: que ya no me quedó (por haberme tirado las frazadas abajo) remedio, sino el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y al punto los otros que dormían empezaron á dar



gritos también; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entretanto aquel maldito que estaba junto á mí, pasó á mi cama y proveyó en ella y cubrióla; y pasándose á la suya cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro, diciendo: Es gran bellaquería y no ha de pasar así. Yo todavía me estaba debajo de la cama quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecía un galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba y subíme á mi cama. Preguntando si acaso les habían hecho mal, todos se quejaban de muerte. Acostéme y cubríme, torné á dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté me halé sucio hasta las trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme: no había diablos que me moviesen de un lado; estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, ó si entre sueños: al fin, yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía disculparme. Los compañeros se llegaron

(Se continuará.)

Mi reina de la fiesta

Verás.. Yo soy lo mismo
 que aquel romero triste del alto de la sierra...
 que aquel romero triste de pálidos verdores
 y de áspera corteza,
 que, desmedrado y viejo,
 de flores todavía se viste en primavera
 y todavía ofrece su néctar delicado
 que buscan las abejas.

.....
 ¿Qué, quieres que haga versos?
 Pues he de hacerte versos, y tantos como quieras.
 Yo romperé mi lanza,
 luchando en el torneo brillante de las letras,
 y venceré en la lucha para que tú sonrías...
 ¡para que tú lo veas!
 Tú me verás intrépido; para lograr el triunfo
 he de agotar mis fuerzas...
 Tú me verás magnánimo tirar todo un tesoro:
 ¡el santo y escondido tesoro de mis penas!...
 Me voy haciendo viejo,
 como el romero triste del alto de la sierra;
 ¡pero aún me quedan flores y néctar delicado
 que dar á las abejas!

.....
 Yo lucharé, aunque sufra sangrando por la herida
 que tengo en lo profundo del corazón abierta;
 mas quédese en secreto, si alcanzo la victoria,
 y *aquel* y tú sabedlo... ¡que nadie más lo sepa!
 Yo quiero, si es que triunfo, que seas elegida
 la reina de la fiesta,
 y quiero que te elija, ciñéndose triunfante
 mis lauros de poeta,
 el mozo *aquel* que adoras,
aquel que en tus ensueños con sus amores reina.
 ¿Que es esto un sacrificio?
 ¿Que acaso no me faltan amores que merezcan
 de mi glorioso triunfo
 la delicada ofrenda?
 Verdad que no me faltan amores, que en amores
 cifré mi vida entera;
 pero los tengo lejos...
 tan lejos, que no aguardo que ya á mi lado vuelvan...
 Se fueron una tarde de otoño en que las hojas
 se desprendían secas...
 ¡Se fueron una tarde con sus azules ojos,
 con sus miradas tristes, con sus sonrisas tiernas...!
 Se fueron y no vuelven...
 Ha tiempo que me espera
 la niña encantadora de los azules ojos,
 de las miradas dulces, de las sonrisas tiernas...
 Ha tiempo que me aguarda... ¡durmiendo eternamente
 debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!

VICENTE MEDINA

(Poesía premiada en los juegos florales de Cartagena)

CUENTOS DE LA ALDEA

LA HEROINA

Episodio de 1808.

Quince horas de combate no habían gastado las fuerzas de aquel pequeño grupo de españoles, que, colocados á la entrada de la aldea, impedían el avance á un considerable número de franceses.

Se trataba de la defensa de sus legítimos derechos, de su patria, y, como buenos españoles, todos los habitantes del lugar se creían en el caso de combatir: los hombres, desde el anciano sacerdote hasta el mozo de dieciseis años, con sus energías y sus fuerzas; las mujeres y los niños con sus lágrimas y con sus rezos.

Ninguno de los dos grupos enemigos parecía vencer, mas tampoco ninguno de los dos indicaba poder ser vencido. Los franceses eran muchos, disponían de buen armamento y de muchas municiones; los españoles eran pocos, y apenas contaban con elementos para el combate; pero, á falta de armas y municiones, aún les quedaba mucha fuerza en los puños y sobra de valor en el corazón.

La lucha, pues, duraría largo tiempo; que ni los franceses emprenderían la retirada hasta quemar los últimos cartuchos, ni los españoles cederían un paso sin morir antes los últimos combatientes.

*
* *

En una de las casas de la aldea, en una de las pobres habitaciones de la casa, formaban conmovido cuadro un niño y una mujer; eran hijo y madre. El niño, recostado en el lecho, apoyaba sobre blanca almohada su cabecita, cubierta de rizos dorados, tan dorados como las mieses de trigo que formaban la riqueza, en tiempo de paz, de las sencillas y trabajadoras gentes de la aldea. Alguno de aquellos rubios rizos descansaba en el rostro de la preciosa criatura, rostro en el que, por lo demacrado y descolorido, hacíanse notar las huellas de cruel enfermedad. La madre era joven y de singular belleza; arrodillada junto á su hijo permanecía inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho y desmelenados los oscuros cabellos. Fijaba sus grandes ojos, negros como las noches de tempestad, tristes como su pesar, en los azules y melancólicos de su hijo. Los dos tenían abiertos los rosados labios: él para dar salida á sus quejas; ella para enviar al cielo peticiones nacidas en lo más hondo de su corazón.

Y en tanto que la madre y el hijo sufrían resignados su dolor, y en el campo se defendían valerosamente los intereses de la patria, transeurrían muchas horas, muchas y muy tristes, pues en ellas se confundían las oraciones de la madre y los gritos de brutal alegría del vencedor; los quejidos del niño enfermo y las blasfemias del vencido.

El enfermito agravábase rápidamente, su agitación aumentaba, la calentura ascendía á cada instante más y más. Pensó la madre en la manera de detener la muerte de su hijo. ¿No podría la pobre mujer evitar tanto infortunio? Por ello había rezado y por ello estaba dispuesta, como lo están siempre las buenas madres, á emplear su último esfuerzo trayendo á su hijo el medicamento que había recetado el médico. Para obtenerlo se hacía indispensable ir al pueblo más próximo, y, por consiguiente, salir de la aldea, en cuyas puertas se libraba el combate. No vaciló, sin embargo, la desventurada madre, y sin pensar en el peligro lanzóse á la calle.

El combate continuaba tan reñido como había comenzado. ¡Nadie vencía, para dejar libre el camino á la pobre mujer! Volviendo la madre sus hermosos ojos al cielo, quiso rogar, esperanzarse en su precioso azul, mas no consiguió verlo; se lo impedía el negro humo de la pólvora. Sólo quedaba un medio á la infeliz mujer para llevar á cabo su propósito. Así lo comprendió ella, pues cogiendo con sus crispadas manos un fusil, colocóse al frente de los bravos españoles y atacó á los franceses con ímpetu de fiera. Animados los nuestros por tan valiente capitana, lucharon hasta derrotar al enemigo. Los pocos franceses que de aquel combate sobrevivieron, huían perdiéndose en los verdores de la comarca, y la heroína corría satisfecha, salpicando con su sangre la carretera que conducía al pueblo próximo...

*
* *

El niño enfermo mejoró notablemente después de beber el medicamento que le trajo su madre. Esta, sin hacer caso de las aclamaciones que le dirigían desde la calle los habitantes de la aldea, pues á ella se debía la victoria sobre los franceses, contempló á su hijo, y viendo después la sangre que de sus heridas brotaba, exclamó: «¡Poco importa la sangre que derramo, si le veo vivir!»

JOAQUÍN AZNAR

TEATROS

Dos refranes para empezar.

Hay un refrancejo que dice: *Con la gloria... se va la memoria*, y esto le ha pasado á nuestro compañero Martínez Sierra, que, con ocasión de su triunfo como actor, nos ha dejado sin PLACAS esta semana.

Y otro refrán hay, *A falta de pan, buenas son tortas*, que viene como anillo al dedo. A falta de PLACAS, buenos son TEATROS. Y á falta de Martínez Sierra, aquí estoy yo, misero *Bachiller Canta Claro*. Y perdonen ustedes que sea tan claro...

Domingo.—Fiesta literaria.

Fué en Carabanchel Alto, en un teatro muy coquetón y en el cual había más mujeres bonitas que pelos tengo en la cabeza, y no soy calvo, á Dios gracias. Uno de esos gallardos esfuerzos de Jacinto Benavente, secundado por muchachos de valía, hizo que la hermosa obra shakesperiana, *La fiercilla domada*, tan difícil y de tanta enjundia (una obra que se las trae, como dice Cavia), resultara poco menos que muy bien.

Porque la Srta. Catalá, tan bonita y tan «rabiosilla» en su papel de Catalina; Jacinto Benavente tan altivo y apasionado y sincero en el de *Petrucco*; Martínez Sierra, que se reveló como un actor en el suyo, y los demás personajes, interpretados muy discretamente por la Srta. Elorz, la Sra. García y los apreciables compañeros Alonso y Orera, Poveda, Sancha, Marín y Barinaga, dieron á conocer que, «no sólo de pan vive el hombre, es decir, que no sólo escriben y dibujan bien, sino que, además, son actores»... Y no me arrepiento, ni pensarlo. *Quod escripsi, escripsi*.

Después se bailó, se cantó, hubo *flisters*, alguna que otra muchacha sacó novio... en fin, una gran noche. Y me decía una mamá, por cierto muy simpática:

—Por Dios, que no diga usted que en Carabanchel sacan novio las chicas. Que como se enteren las madrileñas ¡va á haber que poner tranvías especiales!...

Lunes.—En los Jardines.

Con *La Traviata*, y sin haber ensayado más que dos veces, de prisa y corriendo, debutó en los Jardines la Srta. Encabo, que ya ha obtenido aplausos en el Real, y ha sido intérprete afortunadísima de la desdichada hija de *Rigoletto*.

Tiene la Srta. Encabo una voz simpática, mimosa, dulce. Modula de un modo encantador, hace unas *fermatas* con brío y armonía, y es una cantante sin retumbancias de pésimo gusto. El teatro de los Jardines es inmenso, tiene malas condiciones acústicas, y la Srta. Encabo por esta razón, no pudo—y ello es de alabar—alborotar el cotarro y gritar desaforadamente como tantas otras.

Además, en la Srta. Encabo se advierte á primera vista un completo dominio de la escena. Soltura en los movimientos, facilidad y despejo natural en la acción. Y esto, unido á una gallardísima figura, que con el blanco ropaje de *La Traviata* se destacaba más delicadamente, hicieron que en la escena final, en aquella muerte de la adorable aventurera, la Srta. Encabo obtuviera un triunfo y lograra aplausos del numeroso público que llenaba los Jardines.

Esperamos ver á la Srta. Encabo en otras obras, con más ensayos, y—¿por qué no decirlo?—con mejores compañeros, y estamos seguros de que corroborarán los nuevos triunfos este juicio nuestro.

Apuesto la cabeza.

EL BACHILLER_CANTA-CLARO.



ALICANTE. Muelle de Levanta.